



MYSTICO ROMANCE DE LA DOLOROSA PASSION de nuestro Señor Jesu-Christo.

SEXTA PARTE.

ALma, si eres compassiva,
mira, atiende, considera
al pie de la Cruz Maria,
viendo estar pendiente de ella
à su dulcissimo Hijo,
abierto por cinco puertas,
corriendo arroyos de sangre,
coronada la çabeza
de penetrantes espinas,
corriendo arroyos por ellas,
que por el Divino Rostro
de hilo en hilo gotean.

Mira

Mira aquel color difunto,
y aquella voca de perlas
parece un clavèl morado,
de haver caìdo en las piedras
las roſas de ſus mexillas
dos cardenales en ellas:
ſu garganta, que à la nieve
no le hacia diferencia,
deſollada, y denegrida,
hombros, y eſpaldas abiertas:
de la Cruz, y los azotes
ſus hueſſos ſe vèn por ellas.
En los brazos, y rodillas
tiene las llagas abiertas
de haver caìdo en el ſuelo,
llevando la Cruz à cueſtas.
Llagado, y coriendo ſangre
de los pies á la cabeza,
ſu Madre lo eſtà mirando,
oye como ſe lamenta:
Hijo de mi corazon,
què culpas fueron las vueſtras,
que aſsi os quitaron la vida,
ſiendo la miſma innocencia?
O, todos los que paſſais,
atended, mirad, mi pena,
ſi hay dolor, que á mi dolor
pueda hacerle competencia!
Solo eſte Hijo tenia,
y por invidia, ò ſoberbia
oy ſin culpa me lo han muerto.
Ay Jeſus, que me atraviſſa
una eſpada el corazon!
Ay que la noche ſe acerca,
no tengo una ſepultura,
ni una mortaja ſiquiera!
No hay quien de la Cruz le baxe?
Què hará eſta Eſclava vueſtra?
Angeles de mi cuſtodia,
cómo no aliviais mi pena?
Los Angeles reſpondieron:
No nos han dado licencia
de baxar à vueſtro Hijo,
que corre por otta cuenta.
Volvió la Virgen los ojos,
y vido, que viene cerca
una quadrilla de gente,
que traen dos eſcaleras,
le dixo ſobreſaltada
à San Juan de eſta manera:
Dime Juan, Hijo querido,
ſabes què gente es aquella?
Què injuria querràn hacerle
á eſta infinita grandeza?
San Juan dixo: Madre mia,
callad, no tomeis pena;
ſon Joſef, y Nicodemus,
y vendrán à coſa buena.

Llegan los Santos Varones,
viendo à la Divina Reyna
al pie de la Cruz llorando,
y à su Hijo muerto en ella,
à sus pies se arrodillaron,
comenzaron con gran pena
à decir su sentimiento,
y à las palabras primeras
con la fuerza del dolor
todos à llorar comienzan:
llora Josef, y Nicodemus,
llora la sagrada Reyna,
y todos los que alli estaban,
y San Juan, y Magdalena;
tantos eran los sollozos,
que los corazones quiebran.
Mas la dolorosa Madre
dixo: la noche se acerca,
y Josef, y Nicodemus
arriman las escaleras
al Santo Arbol de la Cruz,
y ambos subieron por ellas,
quitandole la Corona,
se la dán con reverencia
á la dolorosa Madre,
y en tomandola la besa:
Corona, que al Rey del Cielo
coronaste la cabeza,
haz, mi Dios, que los mortales
la traten con reverencia.
Luego le dieron los clavos,
y con humildad los besa.
O Clavos, que atravesasteis
aquellas palmas immensas,
que al Cielo, y todas las cosas
dieron sèr, y las conservan!
Heristeis mi corazon
como una aguda saeta.
Baxan al difunto cuerpo;
y San Juan por la cabeza,
Magdalena por los pies,
y à la Virgen se lo entregan,
y teniendolo en sus brazos,
mirando aquella belleza,
que està tan desfigurada,
muy triste à decir comienza:
Venid los que teneis sed,
que estàn las fuentes abiertas:
venid los que estais hambriétos
á este Pan de vida eterna:
venid los que estais enfermos,
que la medicina es esta:
venid, que à todos convido,
pues à ninguno se niega.
Luego Josef, y Nicodemus
con los unguentos que llevan
ungen el Divino Cuerpo,
y en una sabana nueva
lo

lo envolvieron, y un Sudario
pusieron en su cabeza,
y con amorosos passos
hacia el Sepulcro se acercan.
Vàn muchos Fieles delante,
y los que al difunto llevan,
Nicodemus, y Josef,
(que fue su suerte tan buena)
y el Centurion, y San Juan,
luego vá la humilde Reyna,
cercada de Serafines,
las tres Marias con ella.
Mas en llegando al Sepulcro,
lo ponen con reverencia,
luego cerraron la losa:
muchos Angeles se quedan
acompañando al Señor;
los dem às dieron la vuelta,
y al passar por el Calvario,
adoró la humilde Reyna
el Santo Arbol de la Cruz,
todos los demás con ella.
A Jerusalèn caminan;
mas al despedirse de ella,
todos se apartan llorando,
y su bendicion les echa.
Al Cenaculo se fue
con San Juan, y Magdalena,
hasta la Resurreccion,
que con grande fè la esperan.
Tratemos de acompañarla,
y consolarla en sus penas,
para recibir el premio
despues en la vida eterna.

Con licencia: En Cordoba, en la Imprenta de D. Juan de Medina, Plazuela de las Cañas, donde se hallará de todo genero de surtimiento.

